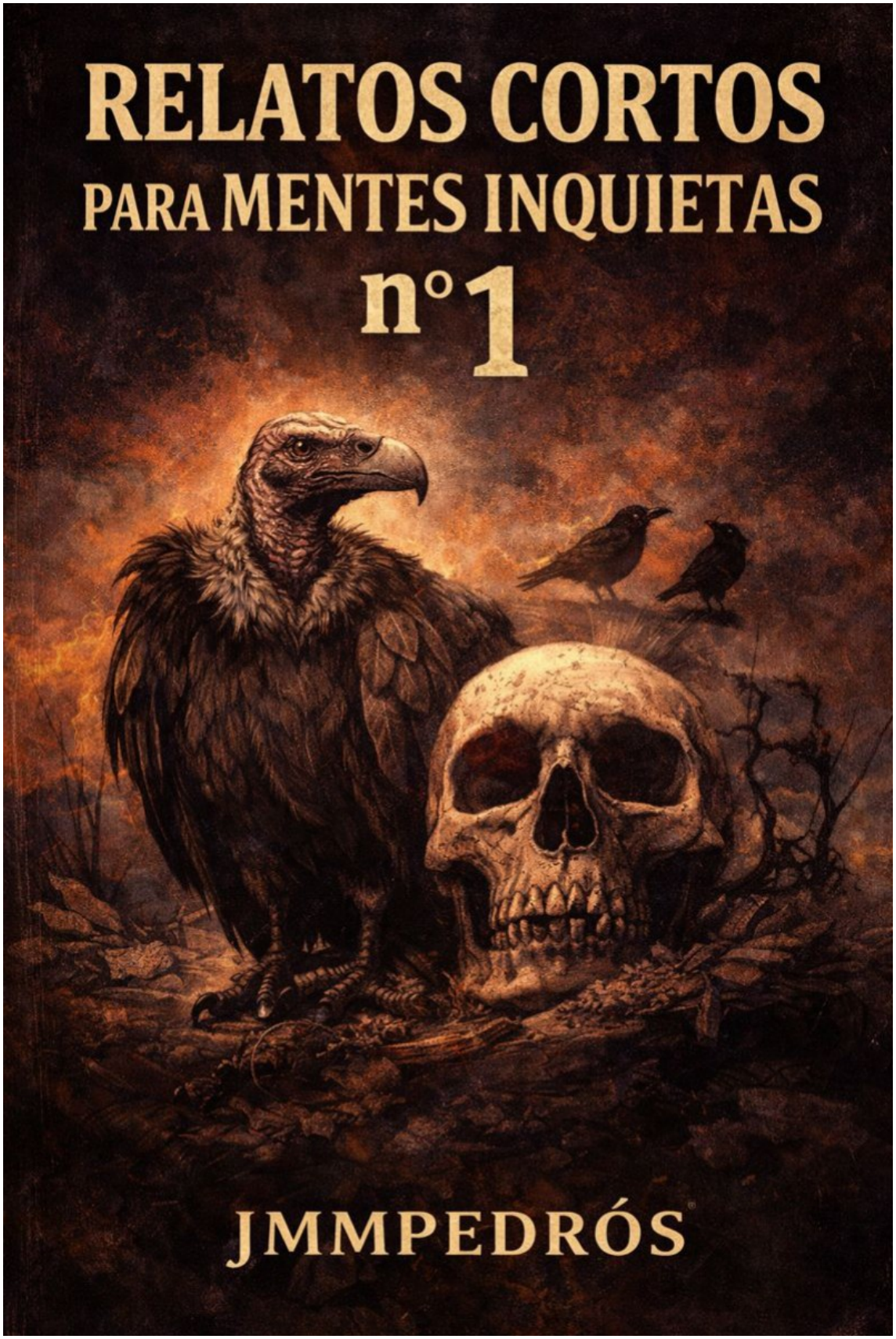
RELATOS CORTOS
PARA MENTES INQUIETAS
nº1
JMMPEDRÓS

RELATOS CORTOS PARA MENTES INQUIETAS 1

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).

Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines no comerciales, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.

Autor: JMMPEDRÓS

Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.

Licencia completa:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

Sinopsis

Nota de la serie

Este libro forma parte de una **serie de ocho volúmenes de relatos cortos** unidos por una misma intención: utilizar el **humor negro** para explorar la cara más incómoda, absurda y cruel de la condición humana.

Las historias que componen esta colección son independientes entre sí, pero comparten un mismo pulso narrativo: personajes atrapados en su propia miseria, situaciones cotidianas llevadas al extremo y una mirada irónica que no concede redención ni consuelo. Aquí la risa no es amable, es una reacción defensiva; y la sátira no suaviza, señala.

A lo largo de los ocho libros, la serie construye un retrato progresivo de aquello que preferimos no mirar: la hipocresía social, la violencia latente, el egoísmo, el deseo, la fe cuestionada y los límites morales que se rompen cuando nadie observa. No hay héroes ni moralejas. Solo consecuencias.

Esta colección no busca agradar ni provocar por capricho. Busca incomodar con honestidad. Cada volumen es una pieza más de un mismo descenso.

Advertencia: lectura recomendada únicamente para lectores sin miedo a verse reflejados.

ÍNDICE

LA FAMILIA UNIDA JAMÁS SERÁ VENCIDA 5

QUIEN CON FUEGO JUEGA, CON FUEGO SE QUEMA..... 9

LINDO GATITO..... 15

CUANDO EL HAMBRE ENTRA POR LA PUERTA, EL AMOR SALE POR LA VENTANA 18

DONDE HAY BURRO MUERTO, NO FALTAN CUERVOS 21

LÁZARO..... 27

NARCISO 35

EL PACIENTE..... 37

NADIE SABE LO QUE TIENE HASTA QUE LO PIERDE..... 40

LA FAMILIA UNIDA JAMÁS SERÁ VENCIDA

Un escenario desconocido, en donde una familia está en el comedor adorando a la caja tonta, mal llamada "televisor".

«¡En absoluto, ni pensarlo! ¡No me quedaré sin mi partido de fútbol!».

«¡La telenovela no tardará! ¡Espero verla!».

«¡¡Mis dibujos animados!! ¡¡Quiero verlos!!».

Estos pensamientos me martilleaban sin cesar. El ambiente tenso del comedor en donde una familia en hora punta rodeaba el objeto más querido de la casa. El gran televisor de pantalla plana de muchas pulgadas, sonido estéreo envolvente, presidía el mejor y más estratégico lugar del domicilio de esta familia de clase media acomodada. El marido, devorador de deportes sin moverse del sofá, esperaba con ansias la hora de su deporte favorito. La esposa adicta a las series empalagosas de amores imposibles que solo ocurrían en ese mundo en donde la caja tonta mostraba una fingida realidad de color de rosa, se mordía las uñas dejando sus dedos en carne viva. Mientras, el "nene" de la casa rabiaba, usaba su desbordante imaginación haciendo que esos dibujos adquiriesen una realidad que no le gustaba, no queriendo crecer, so pena de parecerse a sus padres.

«Ya estamos, otra vez seré ignorado. No saben que yo también sufro, que quiero más caricias, más atenciones. Ahora estorbo, si quiero llamar la atención, tendré que ladrar o morder alguna zapatilla o algo peor si mis lamentos no hacen afecto. ¡¡Orinarme en la moqueta!! ¿Eso quieren?».

El pobre chucho arrinconado, lamiéndose el trasero, esperaba el momento oportuno para hacer de las suyas...

El mando a distancia estaba encima del centro de mesa, punto estratégico para, con el menor movimiento, acceder a él y cambiar de canal.

Todos, por el rabillo del ojo, se vigilaban. Tic, tac, el segundero avanzaba. A cada movimiento de las manecillas del reloj el ambiente se cargaba de una energía que hacía presagiar lo peor. 55”, 56”, 57”, 58”, 59” y 60”, las nueve de la noche. Era la hora donde confluyen todos los gustos, pero solo hay un televisor...

En un raudo movimiento que ni el más felino de los leones pudiera imitar, el padre se apoderó del mando. La madre, atónita, lo miró. El niño, desde una

precavida distancia, observó. El perro, gruñendo, no se atrevió a salir de debajo del sofá.

—¡¡Dame el mando, quiero ver mi telenovela, ya lo sabes!! ¿Es que no me oyes o te haces el sordo? ¡¡Siempre me haces lo mismo, estoy harta de tus deportes, de que me ignores, de que quieras más al fútbol que a tu familia!! ¿Me atiendes o qué? —después de la batería de reproches, roja de rabia arremete contra el televisor, que tambalea amenazando caerse.

El marido de repente se levanta, sujetando su preciado objeto. Con una mirada de pocos amigos fulmina a su mujer. De su garganta sale un rugido que ni el león de la Metro sería capaz de imitar. El rey de la selva se aferra al mando con las dos manos haciéndose entender que el amo es él y verá a toda costa su deporte favorito.

La leona optó por la retirada. Sus pensamientos me llegaban llenos de odio y resentimientos.

«Lo pagarás caro, no esperes nada de mí. Si quieres sexo, tendrás que mendigarlo. Dormirás durante una buena temporada en tu sofá favorito y no te preocupes, tendrás tiempo de sobra de ver todos los deportes que quieras... Desde luego que tendrás oportunidad para pensar en lo que eres, un orangután, peor, un gusano repugnante, es en lo que te has convertido... Si ya lo decía mi madre: *"Este chico no te conviene. Sí, es muy guapo, pero luego pasa el tiempo, la rutina, el amor se va, quedando tan solo la ternura... Te lo digo yo, hija mía, que llevo muchos años casada con tu padre. Hazme caso y cásate con este otro que, aunque es más feo, lleva gafas, es un poco atolondrado y no tiene picardía, pero te quiere de verdad. Esos son los mejores, los tienes comiendo de la palma de tu mano, los moldeas a tu conveniencia, ese es el secreto de un longevo matrimonio. La mujer tiene que poseer siempre la sartén por el mango...".* Cuánta razón tenía mi madre, pero ya que no puedo enderezarte a mi voluntad, peor será mi venganza. No tengo prisa, perderás facultades, no se te levantará como antes. Cuando caigas enfermo, acudirás a mí y entonces te estaré esperando... La paciencia es la diosa de la ciencia y de eso tenemos mucho las mujeres. Por ahora me conformaré en quemar la tarjeta de crédito. Cuando te llegue la factura, espero que te dé un buen infarto. De eso están llenas las defunciones, que muy amablemente te rellena el médico de guardia. No preguntan, no sospechan, es la mejor forma de quitarse a un esposo de en medio, rápido, práctico y muy eficaz.

¡Canalla! Te piensas que la tienes bien escondida, pero la casa es mi territorio, es mi santuario y me conozco todos los rincones de la misma. A ver si te piensas que soy tonta o me chupo el dedo... Luego llamaré a los teléfonos de pago. Sí, esos donde te leen las cartas, te dicen lo que quieres oír. Ya sé que es todo mentira, pero por lo menos me escucharán, que de eso tú no sabes

nada, pero ahí no terminará el asunto... Le diré a mi madre que venga a vivir con nosotros, ya sabes la ilusión que le hace meterse contigo: aconsejándote la forma de vestir, de comer, de cómo portarte en la cama y lo mejor de todo que a ella no le gustan los deportes. Seremos dos contra ti, nos convertiremos en un equipo imbatible al que ni todos los rugidos del mundo podrán con nosotras. Claudicarás o te volverás loco y cuando eso ocurra te llevaré a un asilo para viejos decrépitos».

Mientras la leona pensaba qué hacer con su macho, el cachorro estaba recluido en su madriguera. De su adolescente y atormentada mente, una energía muy negativa me llegaba con fuerza juvenil.

«Cuando seas viejo, esa será mi oportunidad, si piensas que siempre vas a estar con esa misma fuerza, ¡lo tienes claro! No me dejas ver mi serie favorita. Tranquilo, yo veré tus revistas pornográficas. Sí, esas a las que piensas que solo tú sabes dónde están... En el sitio al que cualquier tonto las guardaría, en lo más alto del armario. Te vi aquel día que le dijiste a mamá que te dolía la cabeza y te acostarías pronto. Luego, en la seguridad de tu cuarto jugaste al solitario, vergüenza ajena fue lo que sentí. Nunca pensé que los padres hicieran tal cosa, pensaba que solo los jóvenes salidos hacíamos esos juegos malabares, a lo que sin duda nunca os enteraréis en la vida, ni borracho. Lo tenéis claro si pensáis que, en un alarde de sinceridad, y por mucho que querías tomar fingida confianza, en esas conversaciones forzadas en donde os hacéis los padres modernos...

Mal escondite, yo los tengo mejores, la experiencia de vivir con un padre dictador y déspota. Si tú o mi madre supierais lo que tengo guardado, puede ser que me trataras con más respeto. Mis secretos están a salvo de tus zarpas y de la mente angustiada de mi madre. No sabéis nada ninguno de los dos, no me conocéis, ni hacéis por conocerme. He tenido que lidiar solo con los matones del colegio, a las burlas de mis compañeros y al rechazo de las chicas. Enfrentarme a mis cambios corporales, a mis inquietudes. En casa, cualquiera discute de mujeres y no digamos de mis placeres nocturnos, de mi acné, mis aficiones. ¡No! No soy el niño ese que se orinaba en su cama, tampoco aquel que por las noches os llamaba a gritos, tampoco el que llevaba pantalones cortos y mucho menos el que siempre molestaba con sus preguntas inoportunas.

De momento me conformaré, acataré vuestras estúpidas y egoístas órdenes, pero cuando mi independencia llame a la puerta en forma de trabajo, novia o simplemente me reclame la vida fuera de esta casa, ese día llorareis de pena por no haber sabido educar mejor a vuestro hijo. Entonces será mi gran día, mi venganza, mi gozo al veros sufrir por mí... He crecido, sí, papá y mamá, he progresado. Vuestro querido hijo ya es una persona a la que no se le puede mandar a la cama sin más...».

“Cría cuervos y te sacarán los ojos”, esta tan socorrida frase me vino a la mente después de esos inmaduros pensamientos del cachorro. No pude menos que sentir algo de simpatía por sus padres y desde luego otra frase tan socorrida como la primera me vino de perlas: “Cuando seas padre, comerás huevos”. Dejando atrás al retoño mal encamado, una potente energía pedía a gritos que la atendiera, inexorablemente el can emitía unos pensamientos nada halagüeños:

«Esperaré aquí agazapado, donde no pueda hacerme nada, mientras tanto mordisquearé un poco la pata del sofá, de esa manera, mis dientes afilaré preparándolos para el mordisco final. En cuanto asome el tobillo de mi dueño, le daré tal mordisco que se arrepentirá de sus crueles brusquedades y paseos cortos en los que nunca me deja oler lo que yo quiero, de haberme quitado mi orgullo de macho, de no dejarme olfatear a las hembras, que con su perfume embriagador me vuelen loco. No puedo resistirme a tirar con fuerza de la correa que me oprime. Por un puñado de comida seca y un bol de agua, soy esclavo de este tirano... Todavía recuerdo cuando era cachorro y todo eran caricias, juegos y atenciones. Nunca me faltaba el amor de mi dueño, el juego del niño y la indulgencia de mi dueña, pero al crecer tanto, ya no tenía la misma gracia y fui apartado a un segundo plano, en donde mis días los pasaba dentro de mi canasto a la espera de que me sacaran, aunque mi vejiga reventara. ¡Ellos que saben del dolor de aguantar horas hasta que por fin llega la tarde y me puedo aliviar!... Pero hoy es el día, lo veo descuidado, relajado. Dicen que hasta el perro más fiel se vuelve ido alguna vez, lo que no saben es que la falta de amor puede ser más peligroso que la locura».

El can ya babeaba, gruñendo, a la vez que un líquido amarillento marcaba su territorio. Todo lo que alcanzaba su olfato era suyo, por mucho que sus dueños intentaran por todos los medios hacerle saber las limitaciones de muros y paredes. Ahora su enemigo estaba viendo su programa favorito...

«Qué barbaridad, a uno no le dejan nunca en paz, para una cosa que me gusta me la montan. Nunca pido nada, ni exijo tampoco. Voy a trabajar, salgo del curro, vengo a casa, me comporto razonablemente bien, no ensucio, apenas gasto y lo único que pido es que me dejen en tranquilidad con mis deportes. ¿Es mucho pedir? Pues por lo visto no me lo merezco, ahora a aguantar los pucheros de mujer, los vacíos de mi hijo y los gruñidos de mi perro. Llegará el día que se me cruce una rubia despampanante, con unas buenas caderas y grandes urbes, de las cuales no pueda resistirme. Entonces se enterarán de lo que vale un peine, me llorarán y será demasiado tarde, me fugaré para no volver la mirada atrás. Me la llevaré lejos a un país extranjero en donde me cambiaré la cara y nadie me reconocerá jamás».

QUIEN CON FUEGO JUEGA, CON FUEGO SE QUEMA

Una estrecha y maloliente celda con “grafitis” de muy mal gusto decorando las paredes que antaño eran blancas. La música de algún trasnochado éxito de verano sonaba a todo volumen:

«De mis secretos deseos, de mi manera de ser, de mis ansias y mis sueños.

Qué sabe nadie.

Qué sabe nadie».

Con la mirada fija en ninguna parte, sin expresión en el rostro, Juan aguantaba las embestidas de su amo y señor, creciendo su ímpetu en el estribillo de la canción.

«Qué sabe nadie.

Qué sabe nadie».

Ni en su más alocada fantasía llegaría a soñar que acabaría de aquella manera, tirado en su catre y sodomizado por el gran macho dominante de esta inmunda penitenciaría.

¿Cómo llegó a este punto de su existencia? ¿Qué le pasó en esta vida para acabar en este lodazal de desdichas? Sus preguntas no tenían contestación, dichas para él en un particular diálogo entre él y su infortunio. La realidad como una bofetada le devolvía a este mundo de miseria y violencia.

Si quería comer, tener protección, algo de tabaco o simplemente poder limpiarse el culo, pagaba con sus favores de chapero.

Su mente se evadía de este mundo, su única salida posible... sus recuerdos le libraban de morir hastiados.

Su memoria siempre lo llevaba al mismo punto: entonces no fumaba, no bebía, ni una multa manchaba su excelente comportamiento. Casado, dos hijos, mascota y una gran hipoteca que cargaba con resignada dignidad. La dedicación a su trabajo era ejemplar: su camión a punto para cargar y viajar a cualquier lugar del extranjero. La verdad es que era relativamente feliz... pero no pedía mucho, conformándose con esa vida desustanciada, sin emociones y altibajos, pero segura al fin y al cabo...

En cuanto sus evocaciones llegaban a ese fatídico momento, una negrura en su pensamiento le provocaba un terrible dolor de cabeza. Ese día tenía que haber muerto, esa era su petición a ese destino que se burlaba de él...

Su camión llegó a un cruce de carreteras. Allí estaba, toda juventud: pelo moreno de ese color negro azabache que volvería loco a cualquiera, embutida en un vestido que realzaba aún más esas curvas de infarto. Sentada en una actitud muy provocativa con las piernas abiertas, y entre ellas, un pedazo de cartón anunciando a dónde quería ir.

Juan paró, no era la primera vez que recogía a gente que quería viajar de esa manera. Al contrario, le venía muy bien alternar con personas de diferentes lugares, aquello le enriquecía y lo más importante le hacía el viaje más ameno.

—Sube, preciosa... —era un adjetivo de lo más sincero, sin ningún afán de segundas intenciones.

La diosa subió, saludó y se acomodó. Sus modales tenían un grácil porte que todo su cuerpo armonizaba.

Juan se aplicó a su labor. Condujo con su particular eficacia, pero por el rabillo del ojo la mantenía vigilada. A cada movimiento de sus esculturales piernas, algo blanco parecía advertirse, y si no se veía, él lo agregaba de su imaginación. Ella advirtió esos movimientos rápidos de los ojos, entre la carretera y sus muslos. Simulaba divertirse, jugaba con ellas y a cada viraje del camión movía, más si cabe, las piernas. Era parca en palabras, pero sus correteos hablaban por ella. Con sus delicadas manos y cuidadas uñas, se mecía su estupendo cabello. Ese movimiento enardecía aún más a Juan, haciendo que su imaginación junto a su libido subiese como la espuma.

El día avanzaba, la parada de descanso no podía demorarse más. Aparcaron en la acostumbrada área de servicio, en donde una comida y un merecido descanso esperaban al camionero y su acompañante.

En el restaurante el ambiente como siempre era ensordecedor, todos hablaban, unos por encima de otros para hacerse oír. La pareja comía tranquilos y ajenos a todo, Juan rompió el hielo:

—¿De dónde vienes?

—Soy de aquí de allá, de donde me place... —su voz sonaba distraída, pero a la defensiva.

—¿Vamos, que eres una chica sin ataduras? —la pregunta de Juan era de lo más sincera sin maldad alguna, pero una voz interior le avisó de que bien pudiera haber metido la pata.

—¿Qué te hace pensar eso, porque soy joven, me gusta viajar y conocer el mundo a mi manera? —se le notaba alterada, molesta por tal pregunta,

continuó hablando—. ¿Es que una mujer no puede tomar sus propias decisiones?

—No te confundas, no pretendo ser indiscreto, solo quiero conversación —Juan estaba alterado, ya empezaba a lamentarse de haber subido a semejante pantera.

—¿Conversación? ¿Estás seguro? —contestó en voz alta.

—Por supuesto. ¿Qué si no? —objetó Juan ofendido. El ambiente se estaba volviendo tenso por momentos. La joven puso cara de pocos amigos. Juan no sabía en qué había metido la pata, y para colmo de males una patrulla de la Guardia Civil se sentó en la mesa de al lado, muy cerca de ellos. Casi con un susurro siguió diciendo—. Como comprenderás, me extraña que una chica tan atractiva como tú viaje de esta manera, tiene sus riesgos...

—¿Peligros? ¿No será contigo? —el tono era fuerte y desagradable, los guardias se giraron. Curiosos, los miraron por el rabillo del ojo. En una fracción de segundos, se miraron. No les hacía falta hablar, en los muchos años de servicio juntos esa mirada fue suficiente, decidiendo que aquellos dos bien podían ser una pareja de enamorados con sus diferencias. Siguieron dando buena cuenta de su almuerzo sin darle mayor importancia.

Juan estaba tan nervioso que se le paralizaba su delicado estómago, no pudiendo tragar ya más bocado. La fémina, al ver el poder que ejercía sobre él, se divertía de lo lindo. Una mirada de picarona satisfecha asomó a ese bello rostro que gustaba tanto al sexo opuesto.

Juan, con unas ganas locas por irse, pidió la cuenta. Al recibir la misma, pensó en pedirle la mitad del importe, pero una mirada de la chica y un movimiento de su cabeza haciéndole ver lo cerca que estaban los guardias ante la amenaza de volver a levantar la voz, y esta vez de seguro que los agentes se sentirían más que curiosos, optó por callar y esperar a que escampara la tormenta.

Ella, muy arrogante y satisfecha del poder que ejercía sobre el asustadizo Juan, lo tomó del brazo saliendo del comedor, lo mismo que si fueran una pareja de toda la vida.

El viejo y funcional Motel estaba al lado del Área de Servicio. Un letrero de neón al que le faltaba la última de las letras anunciaba su nombre con dificultad, por los muchos años de falta de mantenimiento.

La habitación estaba en concordancia con el estado general del establecimiento: paredes recubiertas de un papel pintado de una lejana y trasnochada época pasada. El mobiliario, imitando el estilo castellano, el cuarto de baño con su típico bidé, que ya nadie usaba, y una gran cama de

matrimonio, que ya ninguno pedía, pero que ahí estaba pidiendo a gritos que las parejas volvieran a tumbarse como antaño, bien juntas...

La joven en cuanto entró fue rápidamente al aseo. Juan, maldiciendo su mala suerte, se dejó caer en la inmensa cama, lo mismo que un saco de patatas. En su calenturienta mente veía a la muchacha dentro del cuarto de baño: acicalándose, o mejor aún haciendo sus necesidades: levantar la tapa del retrete, tirar de la cadena y limpiarse con el papel higiénico. Luego, quitarse la ropa: las bragas, el sujetador y finalmente el sonido del agua deslizándose por el plato de la ducha. Todo ello, junto al mal momento pasado en la cafetería, lo puso muy excitado. No entendía cómo esa mezcla de sufrimiento y placer podía ponerle de esa manera. Nunca se imaginó que volvería a sentir la dureza de su entrepierna, dormida por años de rutinario y aburrido matrimonio.

Al momento que la pantera salió del cuarto de baño, la cara de Juan adquirió tal pasmo que abrió desmesuradamente su boca de idiota. Delante de él, la muchacha se le presentó cual fiera vestida totalmente de cuero negro, brillante y pulido, haciendo chasquidos con un látigo que terminaba en bolitas con púas. Se abalanzó sobre él, lo tumbó de espaldas y con saña le empezó a dar latigazos en sus costillas. En un primer momento, Juan gritó de dolor, pero al tiempo se dio cuenta de que aquello empezaba a transformarse en un inusitado placer. De los gritos de sufrimiento, pasó a los alaridos de satisfacción... En cuanto ella se cansó con la fusta, empezó a arañarle por todo el cuerpo. Él a su vez también quiso participar y empezó a tomarla del cuello y apretarlo hasta que el color morado apareció en su juvenil rostro. Los dos, exhaustos y relinchando como dos caballos salvajes, empezaron a retozar uno encima de otro.

—¡¡Quítamelo todo, desgárramelo todo!! —su voz sonaba ronca y desconocida, su respirada agitación invitaba a morderle, a lamerle todo el cuerpo—. ¡¡Vamos, a qué esperas, cacho cabrón, quítame la ropa!!

Juan estaba borracho de éxtasis, con la boca lo mismo que un animal, empezó a desgarrarle el traje de cuero tan ceñido a su esbelta y escultural figura.

—¡¡Vamos, vamos!! Más deprisa que me corro —parecía una súplica más que una orden.

Enardecido por la lujuria de su pareja, Juan se deshizo de su ropa, algo torpe, la verdad, pero al fin y al cabo consiguió quedarse desnudo. La miró, ahí estaba ella con las patas abiertas ofreciéndole su palpitante sexo ávido de comerse su eréctil miembro... No esperó ni la hizo perder más el tiempo, con absoluta decisión la penetró rugiendo como un león en celo. Ella, lo mismo que una fiera, se aferró a su torso clavándole sus adorables garras, mientras

jadeaba con un descaro al que Juan nunca imaginó que una mujer pudiera resoplar de esa manera.

Las embestidas duraron gran parte de la noche. Fueron la envidia de todos los que pudieron oírlos y muchos mirando a sus respectivas parejas, preguntándose por qué aquello no les pasaba a ellos…

Desde aquel día Juan fue una marioneta en manos de la fiera. Lo dejó todo: su mujer, sus hijos, su querido camión, su hipoteca, que por cierto el banco y su esposa intentaron reclamárselo, pero ¿dónde encontrarle? ¿Dónde buscar? Estaba desaparecido, agarrado por las pelotas de una joven que lo transportó a un universo de placer y lujuria desenfrenada que ninguna hembra consiguió jamás, ni los vídeos X, ni las revistas porno... Nada se parecía ni en lo más remoto a la borrachera sexual en la que vivía, no queriendo dejar bajo ninguno de los conceptos, ni las súplicas que su mujer y familia intentaban en vano convencerle mediante mensajes a un inoperativo e inútil celular que estaba agonizando en la cuneta de una carretera, en donde algún tiempo atrás Juan se libró del mismo.

El dinero pronto se acabó, y con él sus acrobacias sexuales, ya sin sus latigazos. Juan carecía de todo lo que le movía, de lo único que le daba sentido a su vida. Tuvo que delinquir para alimentar a su insaciable fiera. Aquello le duraba bien poco, entonces ella misma le puso en contacto con mafiosos que captaban desgraciados en la cola del paro, prometiéndoles el oro y el moro a cambio de transportar su valiosa mercancía entre Latinoamérica y Europa. Juan no era ningún valiente ni mucho menos, una cosa era cometer pequeños robos y otra muy distinta era transportar droga.

La promesa de la pantera de noches sin fin de desenfreno sexual acabó por convencerle.

Allí estaba Juan con las entrañas llenas de bolas de coca a la espera de un vuelo para Europa. No era la primera, ni la última que llevaría tan valiosa carga, pero ese día tuvo una necesidad perentoria de acudir al excusado.

«¡¡Maldita sea mi suerte, ahora no...!!».

Con la mano taponándose el trasero en un vano intento de no hacérselo encima, fue raudo en busca del aseo. Tropezó con algún que otro viajero, entre sus excusas y los insultos de algún agraviado. Al fin para su suerte consiguió encontrar el tan deseado retrete, pero en su alocada carrera despertó las sospechas de la policía, que siempre estaba ojo avizor en una terminal tan transitada hacia los países europeos. Le siguieron con su bien adiestrado can, el olor a heces que desprendía el pobre Juan se combinaba con el de la droga. El perro, algo confundido, pero sabiendo distinguir entre un tufo y otro, fue llevando muy decidido a su cuidador en busca del desdichado de Juan.

Sentado en el retrete, expulsó primero las bolas de droga. Luego excretó un chorro de heces con tanta fuerza que manchó el alicatado del habitáculo. Una sorpresa del destino lo esperaba. Lo mismo que un ciego, palpó las paredes en busca del rollo de papel higiénico, dedujo, no comprobó que no había con qué limpiarse. ¿Qué hacer? No podía salir del compartimento del retrete, ni dejar las bolas de coca, ni asearse siquiera.

«¡¡Maldita hembra!!».

Entonces es cuando recapacitando, miró hacia atrás, comprendiendo que había tocado fondo, tanto que unas terribles ganas de vomitar acudieron a su garganta...

Unos autoritarios y contundentes golpes en la puerta del retrete lo sacaron de sus pensamientos, miró el hueco que queda en la parte baja. Un par de botas negras acompañadas de las patas de un sabueso asomaron por la misma.

—¡¡Seguridad!! ¡¡Abra la puerta!! —esas fueron sus últimas palabras que oyó como *“mulero”*.

LINDO GATITO

«Soy un gato, sí, un felino de la raza Korat. Originario de Tailandia. Dicen que tengo una gran belleza y simbología, resultando deslumbrante. Según antiguas creencias, atraigo la buena suerte, soy cautivador y tengo unos impresionantes ojos verdes que hechizan a mis dueños. Suelo ser muy afectuoso, pero un poco arisco con extraños y niños. Soy muy inteligente y me gusta estar rodeado de personas si crezco en un ambiente doméstico tranquilo. Me hallo extremadamente sensible a los ruidos fuertes y movimientos bruscos. Soy muy curioso y juguetón, con normalidad soy activo porque naturalmente estoy diseñado para correr, saltar y cazar. Mi sentido del olfato está muy desarrollado. Mi maullido es muy melodioso y particular.

Se preguntarán, ¿para qué relato mi particular curriculum? Mientras, me como los ojos de mi estúpido y particular amo. Para que lo entiendan, el dueño siempre fui yo. Todo tiene su explicación:

Como muchos gatos, fui comprado en una tienda de animales, mal llamada por cierto, ya que dudo que los que nos adquieren tienen más de animales que nosotros mismos. Bueno, aclarando este punto, sigo:

Estaba yo tan tranquilo jugando con las tiras de periódico que me servían de litera cuando un molesto ruido me distrajo. Un estúpido humano enano estaba golpeando la vitrina de la tienda. Cada porrazo me ponía de los nervios. El pequeño, no contento con ese comportamiento, intentó darme su helado, manchando el cristal. Detrás de él, su padre que, paciente, pretendió complacer a su caprichoso hijo (apostaría a que era divorciado, se ve claramente que de seguro me comprará. Seré el capricho de un niño al que sus progenitores intentan tranquilizar sus culpas).

¡¡Maldito destino!!

Desde entonces, mi vida es un infierno:

¡¡Me han castrado!! Fui llevado a la fuerza: me aferré, maullé, usé todas mis artes de felino, incluso apelé a la conciencia de mi dueño. Nada, mis lastimeros maullidos no surtieron efecto alguno... Ahora estoy gordo y fofo, todo me molesta. Me quedo todo el día tumbado, sin ganas de corretear. Los maullidos que antes escuchaba a lo lejos de buenas hembras anteriormente despertaban en mí una llamada que no podía resistir. Me escapaba, sí, a la más mínima oportunidad salía por la ventana, bajaba por los tubos del desagüe del techo, esperándome la ansiada libertad. Después de saciar mis instintos y luchar con

varios gatos, conseguía el favor de la hembra que con sus lamentos me volvía loco.

¿Qué ha sido de mí? ¿Con qué derecho me han desgraciado? ¿Por qué no notan la lentitud de mi paso, mi lánguida mirada, mi silencio cansado?

Ahora se empeñan en sacarme a pasear como si fuera un perro, ¡sí, han entendido bien! Lo mismo que a esos indeseables canes. ¡¡Una vergüenza!!

La casta de un gato, y más mi raza, no pueden tolerar semejante insulto, pero qué remedio. Me ponen la correa y aunque me defiendo como gato panza arriba, no puedo hacer mucho más. Si ustedes supieran lo grotesco del paseo, yo atado a una correa aguantando las inmundicias del suelo, olores de gases, inclemencias del tiempo, ruidos estridentes y los ladridos de los perros, auténticos engendros de la naturaleza. Y eso no es todo, cuando viene el pequeño demonio humano, la cosa empeora: me estira de los bigotes, del rabo, intenta pasarme el cepillo, me manosea, me tira hacia arriba pensando que me divierte, intenta arroparme lo mismo que a un muñeco y me obliga a comer a su capricho. No se pueden imaginar lo que ese pequeño diablo es capaz de torturarme, se imagina que a los gatos nos gustan todas las porquerías que le compran a él: chocolate, golosinas, patatas fritas, gusanitos de queso y helados. Incluso muchas veces me pone en mi bol de agua bebida con cafeína. Como comprenderán, sufro continuas diarreas y un comportamiento violento.

Bueno, pues ante todo lo anteriormente dicho, a mi dueño no se le ocurre mejor idea que enviarme al más grande de los martirios. Mal llamada Clínica Veterinaria. Un lugar frío, desangelado, oliendo a toda clase de animales. Un felino de raza no debe frecuentar esos inmundos lugares. Me sale un humano que me manosea, metiéndome por el ano un artilugio para, según él, medirme la temperatura, me abre la boca, me palma la barriga, me oprime los intestinos. ¡Vamos! Humilla mi persona, ofendiendo mi autoestima, dejándome lo mismo que si me hubieran forzado. Para luego recetarme una purga...

Soy limpio por naturaleza, pero últimamente hago mis cosas donde puedo, no me da tiempo a llegar a mi caja. Una vergüenza para mí, una humillación para mi especie, intolerable conducta de la que yo no tengo la culpa, malditos humanos... Fascinado, me paso el resto del tiempo mirando fijamente a un punto vacío del fondo del pasillo, según el veterinario es normal, ya que sufro una complicada indigestión. ¡Qué equivocado está! Lo mismo que el resto de las estúpidas personas. Veo y percibo cosas que los humanos ni se imaginarían ni distinguirían: lo llaman fantasmas... Paciencia... No hacía falta que hable. Nosotros, a diferencia de vosotros, no platicamos, sentimos. ¿Qué le sobra a los gatos? Pues eso, mucha paciencia es lo que nos sobra.

—¿Qué? —se me escapó esta estúpida exclamación al discurso de tan peculiar animal.

—Te veo, sé que estás aquí.

—¿Cómo?

—¿No me has escuchado? Te repito, los gatos vemos más allá.

—Entonces, ¿cómo voy a instruirme con tu vida?

—Me han castrado, ¿verdad? ¿El niño me obliga a comer y beber sus golosinas? ¿Me llevan a la clínica a torturarte? ¿Me han volteado como una marioneta? ¿Estoy en lo cierto, amigo?

«Tenía razón, aunque yo perteneciera a la raza humana, él vive como un animal, queriendo los más elementales derechos que a todos nosotros nos gustarían solo por el hecho de ser personas».

El minino, después de sermonearme con mucho orgullo y con su condición de ofendido, siguió con su parrafeado discurso.

El momento era propicio: el niño, viendo su programa favorito; el mentecato del padre, tomando un baño relajante. Nunca cerraba la puerta, ya que de esa manera tenía controlado al pequeño, entré con el sigilo que acompaña a los de mi raza y en un grácil movimiento tiré el secador de pelo, que el incauto dejó tan cerca de la bañera. El espectáculo fue de lo más divertido, empezó a moverse lo mismo que si tuviera un ataque espasmódico. Su cara de estupor hizo juego con las extravagantes baldosas del cuarto de baño, anclado en una ambigua época pasada de moda. Después de los últimos estertores del desgraciado, su cuerpo tal tea ardiente, parecía la típica antorcha de los juegos olímpicos. Fue tal la chamusquina que hasta a mí el olor a quemado me molestó. El niño, ajeno a todo, seguía en el salón. Afilé mis uñas en el sofá (sí, el mismo en el que nunca me dejaban). En cuanto las tuve a mi gusto, salté por detrás del niño, hundiendo mis garras en sus ojos. Él, en cuando me sintió, dio vueltas gritando. Ciego, daba tumbos por toda la casa. Al final, el pequeño demonio acabó partiéndose la cabeza contra la pared.

Como iba diciendo: estos ojos están riquísimos. ¿Gustan?

CUANDO EL HAMBRE ENTRA POR LA PUERTA, EL AMOR SALE POR LA VENTANA

El dormitorio de una vulgar pareja de mediana edad. Ella, desilusionada de la vida que llevó a duras penas, aguantaba los ronquidos de su pareja.

Marisa se casó muy enamorada, tanto que ya no se acordaba…

¿Quién era ese que estaba tumbado todo el santo día? ¿Quién era? ¿Cómo había llegado a esta situación?

Su madre siempre le dijo que ella tenía “la sartén por el mango”, que no tolerara más de lo necesario a su esposo. Siempre le repitió que a ella aquello le dio muy buen resultado, llegando a las bodas de oro.

Desde aquel fatídico día en que su pareja le anunció el temible despido (después de tantos años en la misma empresa) la vida de la pareja fue como un deslizarse por un frenético tobogán, que acabaría en un irremediable desastre.

La rutina, la vida en común que en un principio del matrimonio esos pelillos en el lavabo, esos pequeños ronquidos, que incluso le hacían sonreír, esas disputas de enamorados de que si a la playa o a la montaña. Esa forma de orinar que tanta gracia le hacía a Marisa, que siempre le repetía con un cariño anticuado que bajara la tapa del retrete.

Todo aquello incluso armonizaba el convivir de la pareja. Era un tradicional cohabitar. Su madre siempre le sugería prudencia y mucho cariño hacia su esposo.

De la noche a la mañana se convirtió en una tortura, agrandada por la necesidad de que ella ahora trabajaba y él no.

Aquella noche como todas dejó volar su imaginación en un universo de fantasía. Lo único que su educación le permitía disfrutar. Su mundo de día era frustrante, la noche representaba ese punto de libertad a la que ella se entregaba.

—Marisa… —aquella voz sensual le susurraba su nombre con un erotismo propio del más fogoso de los enamorados—. ¿Cómo está mi pequeña esta noche? ¿Dispuesta?

—Lo estoy —contestó con un leve suspiro.

—Entonces, vámonos…

La tomó de la mano, saliendo los dos del dormitorio, en donde los jadeos de su pareja se acompasaban con el “Tic, tac” del despertador, al que le quedaban todavía unas cuantas horas para martirizar a Marisa.

Un mundo de corazones de lo más vivos colores inundaba el cielo, en el que las estrellas ponían ese toque delicado de luminosidad adecuada a su imaginación, que Marisa pretendía encajar dentro de su ensueño.

A lo lejos, dentro de ese universo de ilusión se acercaba una gran cama con su magnífico dosel de hierro forjado, como le gustaba a ella. Con sus sábanas de suave seda y un buen surtido de elegantes cojines, acompañados de ositos de peluche, dándole al conjunto una pincelada de lo más infantil.

Mientras, su Adonis le hacía el amor con esa ternura que a ella le parecía de lo más correcto. La cama viajaba por ese mundo, lo mismo que una estrella que cruzaba el firmamento. Los corazones de colores sonreían a la pareja. Los planetas danzaban al compás de los jadeos y embestidas del amante. A cada resuello de Marisa una luz intermitente semejante a la de un faro, anunciando a los barcos la proximidad de la costa, daba a entender el goce de la pareja a todo el cosmos…

—¡¡Mira, Marisa!! —su musculoso amante maravillado, le señalaba un artefacto aproximándose—. Parece otra cama, destellando luces como la nuestra.

Marisa, algo extrañada, miró en la misma dirección. No era una cama, ni nada semejante. Una gran bota con la suela abierta, en donde los clavos que antaño sujetaban la misma daban el aspecto de una gran boca con sus amenazadores dientes. Al llegar a su altura, un ser de aspecto triste salió de entre los clavos. Su dedo amenazador señaló a Marisa, que acurrucándose y aferrándose a su compañero sollozaba con tal desamparo que todo el firmamento poco a poco fue desapareciendo. Su mundo se desmoronaba, el ser, cual bicho que corroe la mente, no paraba de repetir:

—¡¡Adúltera!! ¡¡Ramera!! ¡¡Viciosa!! ¡¡Mala esposa!!

Sumida en sudores, su sueño derivó en una tremenda pesadilla. En esos momentos, un ruido la acabó de despertar. El reloj, todavía mudo, la confundió. Los sonidos siguieron martirizando sus oídos. Su marido seguía con su rítmico ronquido, como si con él no fuera la cosa. Al final, despotricando su mala suerte acudió a la fuente de ese molesto sonido. Era la puerta de entrada a la vivienda, alguien con prisas tocaba a la misma. Marisa ya tenía preparada un sinfín de reproches al inoportuno que no se le ocurrió mejor momento que alterar su sagrado descanso. En cuanto abrió la puerta, su cara adquirió la faz de una persona más muerta que viva. Ahí plantado su marido, o lo que quedaba de él, se le presentó lo mismo que un muerto viviente escapado de una película de terror. Con la mano tendida, imploraba que el diera algo para

comer. De su boca solo alcanzaba a balbucear palabras incoherentes de súplica.

Aterrorizada, de un portazo cerró. Volvió a la cama para cerciorarse, pero su compañero seguía dormitando. Imposible. ¿Cómo podía ser? De la puerta de entrada seguían los acompasados toques: la piltrafa insistía, aporreando la puerta, su esposo continuaba roncando, su culpabilidad proseguía en ese imaginario universo. Su amante permanecía en esa cama vacía y ella se estaba volviendo loca. La ventana, mostrándole una vía de escape, la llamaba a gritos…

Cuando la piltrafa consiguió derribar la puerta, Marisa dio el decisivo salto mortal. Traspasó el doble cristal de la ventana, que siempre le dijeron que era de alta seguridad… Irónicamente, en su caída libre esos pensamientos afloraron a su dañada mente, una sonrisa acudió a su maltrecha faz. ¿Así que no se romperían? ¡Menudo timo, además de caros!

El *Aleluya del Mesías* de Haendel suena de forma insistente… Unas palabras la devuelven a la realidad.

—Juan, ¿quieres recibir a Marisa como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y, así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —el novio contestó con ferviente resolución, enamorado y resuelto para siempre.

—Marisa, ¿quieres recibir a Juan como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y, así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Los monaguillos, escondidos en su lugar secreto de la sacristía, dando buena cuenta del vino sagrado, comentaban:

—¡¡Hay que ver cómo corría la novia!! —entre risas y burlas, imitaban a la desposada y a los turbados invitados.

Prosiguiendo con sus chanzas:

—Recordáis cuando salió tan deprisa que se pilló la cola del vestido quedándose medio desnuda —se divertían de lo lindo, sus adolescentes caras llenas de granos y proyecto de barbas se ponían colorados de tanto reírse—. Y al novio, que parecía que estaba estreñido, no se le ocurrió más que salir detrás de ella implorando que volviera —El trío de secuaces rompió a carcajadas, entre el sopor del vino y el recuerdo de lo acontecido, aquello derivó en un auténtico atracón de risas…

DONDE HAY BURRO MUERTO, NO FALTAN CUERVOS

Fermín fue un pobre pisa-terrones que cruzó el charco para probar fortuna. Todo le fue bien, amasando una fortuna tan grande que el mismo gobierno le pedía dinero. Aplastó cabezas, subió en ese escalafón de la sociedad a costa de lo que fuera. Engañó, mintió y recurrió a artes disuasorias contra sus supuestos enemigos. Estuvo en esa línea tan delgada que separa la ley de la delincuencia y todo por el afán de la riqueza, pero he aquí su pena: sus hijos no querían trabajar y solo aspiraban a vivir de la sopa boba…

El día en que se le acabó el tiempo, no parecía una jornada en nada especial. Todo giraba según lo previsto: sus empresas continuaban dando muchos beneficios, sus acciones subían como la espuma y su esposa "florero" continuaba tan guapa como siempre… Dicen que la muerte siempre llama con tres toques mientras duermes. Aquella noche creyó oír dichos golpes, puede que fuera su imaginación, pero algo en su interior le avisó de los acontecimientos. A la mañana siguiente, puso en orden sus asuntos, y con una inusitada resolución esperó en su gabinete. Antes dio el mandato de que nadie le importunara y esperó, esperó… A eso de la media noche, apareció el de la guadaña… Fermín, muy resuelto, le dijo:

—Estoy preparado.

—Nadie está preparado —contestó la Parca—. Te piensas que por ser rico recibirás un trato especial o por el contrario te trataré peor, si cabe.

Fermín, harto de alternar con gente de toda clase y condición, contestó:

—Sin nada vine a este mundo y sin nada me iré de él.

El aplomo en sus palabras era tal que la Flaca titubeó al responderle:

—Muy bonito… veo que el miedo no forma parte de tu temperamento.

—Estoy muy mayor para juegos, quiero, no, exijo seas rápida y efectiva —sus palabras sonaban cada vez más autoritarias.

—¡Un momento! —respondió la Huesuda—. ¡No hay prisas! —con una mirada de lo más aterradora echando fuego por sus cuencas vacías, siguió hablando—. Todavía tendrás que aprender. Morirás sin estar muerto…

—¿Cómo es eso posible? —contestó con cierta ignorancia—. ¿Cómo puede estar uno muerto sin estarlo?

—Ya lo verás, necio mortal.

La muerte en su trabajo nunca se encontró con semejante individuo, por lo que tuvo que recurrir a semejante desenlace.

En lugar al que nunca imaginaríamos, ni ubicaríamos jamás, estaba el Creador de todo lo que se ve y lo que no se conoce.

—¿Pedro, ¿qué ha dicho?

—Lo que usted ha oído, Todopoderoso.

—¡¡Esta Parca cada vez chochea más!! ¡¡Está pidiendo a gritos su jubilación!!

—Lo cierto, Altísimo, es que tiene usted razón. No está en sus cabales…

—¡¡Llamadla ahora mismo!!

El *Réquiem* de Mozart sonó inundando con su melodía el despacho de Fermín. La Dama Fría dejó unos segundos que su celular sonara, deleitándose con la música del genio. Dirigiéndose a Fermín le dijo:

—Un momento, me llama el jefe.

Mientras la Parca hablaba, Fermín, muy extrañado, estuvo inmerso en este drama, sacado de una disparatada película de los Monty Python. Mientras su visita continuaba conversando con su jefe, fue directo al mueble-bar, sirviéndose una copa de ese licor añejo al que recurría en determinadas ocasiones y esta bien lo merecía. En un buen sofá de cuero, de algún animal en peligro de extinción y acompañado de un buen puro habano, aguardó con ese aplomo que durante muchos años le siguiera en sus exitosos negocios.

—Confíe en mí, su Magnificencia, tengo un plan para este petulante mortal… —la voz de la Parca ya no sonaba tan segura, todo su trabajo dependía de un hilo—. Descuide, jefe... No se arrepentirá, gracias por su confianza...

Ya no se demoró más, fue directo a por Fermín que, con su resuelto comportamiento, esperaba, diciendo:

—Por fin, ya me llegó el turno.

—Sí, ya te llegó la vez… —una risa que helaría la sangre al más pintado se dejó oír en ese amplio bufete, ricamente decorado con muebles de nobles y preciadas maderas.

«¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? Oigo voces, muchas personas hablando, sonido de vasos, charlas intranscendentes, arrastrar de pies y la letanía de rezos».

«¡¡No puedo moverme!!».

«¡¡Lo noto todo, mis sentidos están a flor de piel, el calor me asfixia, la oscuridad lo envuelve todo!!».

«Esta estrechez me oprime. Estoy como enlatado, embutido en lo que parece una mortaja».

«¿Alguien puede oírme?».

—Nadie puede oírte, estúpido… De eso se trata, muerto, sin estarlo… Juas, Juas…

Sus tres hijos ya solos, obligados por las circunstancias, estaban velando el cadáver de su padre. Malhumorados por la exigua herencia, que más bien era una venganza, al donar todo su patrimonio a la orden religiosa de las "Hermanas del Corazón Doloroso de la Virgen María". Estaban de uñas, sin mirarse los unos a los otros. El silencio se podía cortar con un cuchillo. La pesadez del ambiente era tal que la temperatura alcanzaba tales cotas que suponía un peligro para el muerto, que ya empezaba a oler, y no a rosas precisamente.

—¿No tendrá algo dentro de los bolsillos? —dijo el mayor, rompiendo así ese incómodo silencio.

—¡Vamos! Me figuro que no llegaría a ese punto —repuso el mediano con más sensatez.

—La verdad es que pienso que fuera capaz de eso y mucho más —contestó recelosa la hija pequeña, que nunca consiguió, aunque persiguiera, hacerse con el favor de su padre.

Los tres se miraron, intercambiando esa mirada de hienas dispuestas a saltar sobre la carroña. En un “tonto el último” se precipitaron sobre el ataúd. Con una inusitada destreza abrieron la tapa. Ahí estaba Fermín, cubierto con esa mortaja que impone algo de horror y cierta aversión, pero esas cornejas no padecían en absoluto. Manosearon el cuerpo, lo desnudaron, hurgando en todos los rincones y orificios del mismo en busca de algún objeto de valor.

—¡Alto! ¿Qué pasa aquí? —la voz de la madre, entre furiosa y sorprendida, paralizó el desplume del “pollo”. Todos se miraron, ninguno dijo nada, volviendo cabizbajos a sus respectivos asientos—. ¿Cómo os atrevéis a empezar sin mí? A mí es a quien pertenece, yo diré cuándo y cómo... —se dirigió al pobre Fermín, o lo que quedaba de él diciendo—. ¡¡Hijo de mala madre, aguanté años tus insultos, tu falta de respeto, tu gordo y fofo cuerpo encima de mí, a los idiotas de tus hijos!! ¿Y cómo me lo pagas? ¡¡Dándoselo todo a las monjitas!! ¡¡Mentecato!! ¿Piensas que de esa manera te ganarás el cielo?

Fermín, en su agonía *post mórtem*, sufría las embestidas de los chacales y las patadas de rabia que su esposa “florero” que le propinaba con tanta saña

que sus caros zapatos perdieron su lujoso diseño. Fermín se revolvía dentro de su ataúd, su angustia era tal que lloraba por dentro, queriendo morirse, pero aquello era imposible, ya estaba muerto. Sus sofocadas súplicas llegaron al Altísimo.

—Pedro, no puedo seguir con esto. Este sufrimiento es ya gratuito, que finalice esta tortura.

—Imposible, vuestra Deidad, la muerte tiene total poder sobre sus competencias.

—¿Cómo?

—Así es, vuestra Magnificencia, firmado por usted en el V Convenio Colectivo.

—¡Malditos derechos, malditos estatutos! —el Todopoderoso daba vueltas muy enfadado, repitiendo continuamente—. ¡¡Soy el amor en estado puro, soy el perdón personificado, soy el que decide sobre todas las cosas y todas las criaturas!! ¿Y me dices que no puedo con la Parca?

—¡¡Exacto, Creador!!

—¡¡Pedro!! Que se presente ante mí ahora mismo.

—Su fiel servidor, el que vale para acompañar a las almas, el que siempre hace el trabajo sucio, el que nunca protesta, ni se queja, aunque sea el peor remunerado de su reino se presenta ante su Creador.

—¡¡Vamos, Muerte, menos rollo que nos conocemos!! —después de unos segundos, el Todopoderoso estudió la situación. El asunto pintaba bastante mal. Una de sus almas estaba presa de la Parca, y el castigo era desmesurado. Aquello atentaba contra su buena reputación. Había que actuar con mucha inteligencia, de eso le sobraba, o eso pensaba él—. ¡Parca! Te ofrezco un trato.

—Usted dirá, su Magnificencia —la muerte era toda humildad, pero sabía muy bien que tenía la sartén por el mango.

—¿Unas vacaciones? Siempre te quejas de que no descansas.

—Le recuerdo, Creador, que Usted siempre me las denegó...

—Sí, Muerte, ya sé que no puedes faltar, que sin ti no moriría nadie, que la Parca es indispensable... bla, bla, bla... —el creador intentaba burlarse de sí mismo para quitarle hierro al asunto con tal de que la Dama Fría se adviniera a su plan—. Conozco muy bien mi opinión al respecto, pero a grandes males, grandes remedios. Por eso, he pensado en un subalterno.

—¿Un ayudante, su Grandiosidad? —respondió con cara de póker... La verdad es que esa propuesta le gustaba, pero su astucia podía más, a lo que siguió diciendo—. Su Grandeza me honra con su proposición, pero de ¿cuánto tiempo estamos hablando?

—¡¡Engendro nacido de mil demonios, ramera de ultratumba!! ¿No recuerdas con quién estás hablando? —todo el cielo se tambaleaba, la furia de Dios era tal que un vendaval igual que un terrible huracán se llevó hasta el color azul del paraíso—. ¡¡Tómalo o déjalo!! ¡¡He dicho y así será!!

—Cómo usted ordene, su magnificencia, así se hará...

—¡¡Ahora que la cosa está clara libera a mi criatura!!

El alma de Fermín, como un cohete, salió disparada hacia esa luz más blanca que mil soles juntos. Cuando llegó a las puertas de lo que pareció la entrada a un inmenso parque de atracciones Pedro estaba en su habitual puesto.

Fermín miraba entre los barrotes de la inmensa puerta. Lo mismo que un niño, envidiaba a las almas llenas de felicidad que conseguían cruzar.

—¿Fermín, supongo?

—El mismo que viste y calza —aún después de tan amarga experiencia, nunca dejó ese aplomo característico de su personalidad, siguió hablando—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con el guardián del paraíso, por supuesto. ¿Quién acaso?

—Disculpe mi torpeza, señor vigilante, uno no se muere todos los días —contestó con arrogancia.

—¿Querrá usted pasar, me imagino? —Pedro sacó su lado más irónico, las circunstancias mandaban y este elemento lo pedía a gritos.

—La verdad, parece que en el otro lado se lo pasan de fábula.

—Pues no va a poder ser, hay otros planes para usted... —Pedro se sintió muy orgulloso de su ocurrencia, estaba ganando la partida del diálogo.

—¡¡Perdón!! ¿No voy a entrar? —Fermín, muy desilusionado, siguió hablando—. Pero la totalidad de mi fortuna se la di a las religiosas. Ahora estarán rezando por mi alma. ¿Eso no ayuda?

—¡¡Ja, ja, ja!! —su risa era tal que su gran barriga subía y bajaba lo mismo que un gran maremoto sacudiendo el mar—. Un nuevo trabajo te espera y ya conoces a tu jefa. ¡¡Ja, ja, ja!!

Ahora, quien avisa a la puerta de los moribundos sigue siendo la Parca, pero ella está descansando en algún lugar del Caribe, en donde se hace pasar por una viuda asquerosamente rica, rodeada de altos y fuertes mulatos colmándola de atenciones...

La viuda de Fermín, después de fracasados intentos de seducir a algún millonario, languidece en una pensión de mala muerte, en donde se dedica a limpiar los retretes de la misma.

Su hija se casó con un obrero de la construcción, ahora hace el amor una vez por semana (en el mejor de los casos) y los domingos lo pasa con su numerosa prole mientras su esposo está viendo su equipo de balompié favorito.

El mayor de sus hijos está en un sanatorio recuperándose de su adicción a las drogas, que por cierto adquirió a raíz de conocer a su amiga colombiana que lo usaba de “mula” llenándole los intestinos de bolas de coca.

Su hijo el pequeño consta que cumple condena después de intentar incendiar el convento de las monjitas al grito de “malditas alimañas” esparciendo toda la gasolina. Por suerte, era tan torpe que resbaló en la misma, dándose tal golpe en la cabeza que se quedó más tonto si cabe que antes...

—Su Magnificencia, esto no es más cruel y despiadado —Pedro estaba muy disgustado y con peligro de su puesto, no tuvo más que lástima por las desgracias de Fermín y de su propia familia.

—¡¡Pedro!! ¿Quién es el dueño y creador de todo?

—Usted, mi Señor...

—¡¡Entonces, en mi casa hago lo que quiero!!

LÁZARO

Un vals sonaba en esa gran inmensidad, ese vasto lugar llamado de alguna manera para situarse en algún punto en donde estaba. La muerte lo acogió en su seno, cual madre protectora. No había tiempo ni espacio, todo era paz y sosegada armonía. Flotaba lo mismo que un niño dentro del vientre de su madre. No tenía ninguna necesidad, nada que le faltara, ni le sobrara. Ni dolor ni sentía absolutamente nada. Ni hambre ni sed, ni siquiera desear, anhelar o cualquier carencia que se le pudiera ocurrir. Todo en torno a él se movía con sumo orden. Nada salía de su camino. Todo fluía con la correcta naturalidad requerida. No podía ser más feliz, no había tiempo, ni lugar para lamentar absolutamente nada.

El Gran Edén estaba atestado de mujeres ligeras de ropa, solícitas al mero capricho de este buen judío que murió en paz. Siempre obedeció las leyes, comportándose como un hebreo ejemplar, así que no se extrañó que aquello fuera su merecida recompensa.

Una llamada se oyó a lo lejos, lo mismo que el débil llanto de un niño. Aquel llamamiento se fue acercando poco a poco. Su nombre se repetía a intervalos regulares, pero sin pausa. Era muy molesto, lo escuchaba y no estaba seguro si formaba parte del lugar o de su imaginación. Aquella importuna voz ya estaba tan cerca que retumbaba como si estuviera dentro de una cueva. No la oía por sus oídos, sonaba dentro de él, dentro en su cabeza...

—¡Lázaro! —la autoritaria voz ya no dejaba dudas.

Se irritó, lo mismo que un niño se hace el disimulado, no queriendo hacer caso a su mamá. No respondió, ni quiso darle mayor importancia. En un engañarse a sí mismo, pensó que quizás aquello no fuera con él.

—¡Lázaro! Por Dios bendito, ¿me escuchas? —el tono ya pasaba a la súplica.

—¿Quién es? —su voz era irritada y mal sonante.

—¿Quién va a ser? Alma bendita, tu amigo Jesús...

—¿Jesús? ¿No te dijeron mis hermanas que había muerto?

—Desde luego. ¿Por qué te piensas que te estoy llamando?

—¿Cómo que me llamas? ¿Es que te dedicas a llamar a los muertos?

—Ya lo sé, va contra natura, pero necesito un milagro para convencer a los incrédulos.

—Pues... búscate a otro, que yo estoy aquí muy a gusto en mi merecido descanso.

—Verás, amigo, eres el candidato idóneo para este milagro —a Jesús aquello le repateaba las tripas. Nunca pensó que su amigo pusiera tantas trabas. Poseía la oportunidad de ser inmortal, de pasar a los libros de historia, de que todos hablaran de él y total un insignificante precio a pagar, una pequeña molestia. Jesús no comprendió ese egoísmo, esa mezquindad humana, esa miserable manera de ver las cosas. Lázaro se interponía entre él y su misión en la tierra. Un negro nubarrón recorrió su divina mente, a lo que siguió diciendo—. Lázaro, tienes que darme la mano y venir conmigo. No tienes elección.

Lázaro no estaba dispuesto a irse de su bien ganado paraíso, por lo que contestó:

—¡Ni hablar! ¡Me porté como mandan las leyes! Y ahora tengo mi recompensa... Lo prometido debe de cumplirse...

—Pero hombre, recapacita, que me la estoy jugando. Preciso este prodigio...

—No creo que me necesites, prueba a devolverle la vista a un ciego, repite lo de los panes y peces, haz lo que quieras, pero déjame en paz...

Todos miraban, las hermanas implorando por su hermano. Jesús, abochornado delante de sus seguidores, trataba de disimular su turbación, repitiendo una y otra vez la llamada. Al final, cansado de tanta tontería, mandó mover la piedra del sepulcro, entró dentro y de un rudo y expedito movimiento sacó los despojos de Lázaro.

El espectáculo era dantesco: el cadáver envuelto en su mortaja empezaba a descomponerse, el olor era tan penetrante que los asistentes y familiares se taparon las narices. Jesús, en un vano intento de salvar la situación, trató de capear el temporal como pudo, se excusó, pidió paciencia y prometió que en breve resucitaría a su amigo... Fue pasando el tiempo y poco a poco la concurrencia decreció. Las hermanas y familiares desilusionados volvieron a meter el cadáver en la cueva. Cristo, cabizbajo se dio media vuelta, marchando en busca de su maltrecha reputación.

«El número marcado no está en servicio en estos momentos».

—¡¡Maldita sea, ya ha puesto el móvil a cargar!! —la frustración y el enfado de Jesús, junto con el desgraciado acontecimiento anterior pusieron al Mesías, en estado de cólera...

Todas las puertas se cerraban, la gente le insultaba, se burlaban de él, sus discípulos volvieron a sus antiguos oficios, renegando de haberle conocido y maldiciendo el día en que lo dejaron todo para seguirle. Todo el status de su pueblo volvió a la tranquilidad, los mercados de valores restablecieron su índice y el gobierno títere de los romanos volvió a respirar tranquilo. Él mismo se hundió... Basta unos segundos para perder todo por lo que tanto luchó durante varios años...

El diablo se frotaba las manos, aquello representaba un gran triunfo para su cruzada personal en pos de hundir a la humanidad, pero tampoco le interesaba que Jesús se venciera del todo...

El mesías, lo mismo que un apestado, vagaba por el desierto. El único lugar tranquilo en el que podía reflexionar.

—Qué pasa, hombre. ¿Cómo te va? ¿Disfrutando del paisaje? —Satanás estaba en su salsa, no cabía en él de júbilo. Mordaz y satírico siguió hablando—. No desesperes, todo tiene arreglo, menos la muerte, ja, ja, ja. Aquello le salió redondo, no pudiendo menos que felicitarse por ello.

Jesús no estaba para sus chanzas y optó por la meditación y el silencio.

—Puede que tenga una solución a tus problemas de popularidad.

Ahora sí que le interesaba imponer una seriedad a sus palabras, con esto dio a entender que hablaba en serio. Cristo siguió sin contestar. ¿Qué podía ofrecerle este bicho? Nada que pudiera ayudarle, seguro. Pero por otra parte su innata curiosidad podía más que su sagrada procedencia, sin decir una palabra optó por escuchar. Después de todo, su padre lo mandó a sufrir como un mortal más y ¿qué hay más humano que el fisgoneo? En estas especulaciones estaba cuando el Maligno siguió dialogando.

—¿Tú necesitas un muerto, verdad? —sin esperar a que el Mesías contestara añadió—. Pues aquí lo tienes, yo me muero y luego me resucitas, recuperas tu notoriedad y aquí todos tan amigos.

—¿Tú qué sacas con todo esto, escoria del inframundo? —Jesús, muy serio, pero muy intrigado a su vez, le puso todo su peso a esa pregunta con segundas.

Satanás intuía que la interpelación se las traía. Para eso era el malo y Jehová no lo creó por capricho. Contestó como quien no quiere la cosa, dándole a sus palabras un tono distendido y conciliador:

—Bueno... ya sabes que fui echado del lado de tu padre. La verdad, por unas pequeñas diferencias que bien pudiéramos haber arreglado tomándonos unos vasos, pero ya sabes lo terco que es. Y aquí me tienes proscrito, vagando por esta tierra intentando ganar adeptos a mi causa.

El Mesías, viendo que el asunto pintaba bastante mal, sospesó las palabras de Belcebú... Su padre no le tomaba el teléfono, sus discípulos renegaban de él, los romanos no le hacían ni caso, el Sanedrín se reía en sus narices. Lo de dejad a los niños que se acerquen a mí pasó a la historia y las madres a las que tanto defendió ante el machismo de la época ahora procuraban que sus hijos se alejaran de él. Ante todo eso, la propuesta del Maligno sonó como agua de mayo a sus oídos...

Puso anuncios en todos los periódicos, y ante todo en el apartado de anuncios de contenido sexual, que es en donde eran más caros, pero más leídos. Incluso contrató a sin papeles para que se pasearan como "hombres anuncios". También acordó con una empresa de publicidad el reparto y comunicación de su evento, que se encargaban de las campañas agresivas, de llamadas por teléfono y buzoneo.

El acontecimiento sería un domingo en horario de máxima audiencia cuando todos estarían de vuelta, descansados por el fin de semana y luego de haber visto a su equipo de fútbol y si hubiera ganado, mucho mejor para sus intereses...

La muchedumbre congregada zumbaba lo mismo que miles de abejas alrededor de su panal. Todos expectantes, todos contagiados por esa innata curiosidad infantil: mercaderes, carteristas, mendigos y tullidos también se dieron cita haciendo su peculiar agosto.

Jesús, grande y elocuente, estaba en el centro de toda esa marabunta. Alzó los brazos en dirección a la cueva, donde estaba el voluntarioso Diablo, que días antes murió de una supuesta enfermedad de amor. Jesús contrató a varias plañideras para que le dieran algo de verosimilitud a la muerte del maligno. Fue amortajado y metido en esta cueva, sellada por una roca que daba fe de que nadie la profanó. El notario oficial del pueblo, después de una dádiva importante, rompió los sellos que él mismo lacrara tres días antes.

Unos negros altos y fuertes, que días atrás vinieron en patera buscando un futuro mejor en esta mal llamada “tierra prometida”, se encargaron de mover la pesada roca. Al quedar al descubierto la entrada de la cueva, Jesús alzó las manos llamando en repetidas ocasiones al cadáver de Satanás.

Cuando Caronte estaba con su barca esperando a los difuntos que, por previo pago, los pasaba a la otra orilla, nunca sospechó que aquel tacaño de muerto sería el mismísimo Diablo. Se quedó con las ganas de recibir su obligada moneda. Con la mano tendida, se le quedó cara de idiota, a lo que el Maligno, con soberbia actitud, pasó delante de él, acomodándose en su barca.

—Estoy esperando —dijo sin más...

Caronte dedujo que algo raro estaba pasando para que el Diablo cruzara, lo mismo que un simple mortal. Así que, sin más preámbulos, por la cara, lo llevó a la otra orilla.

Cuando San Pedro lo recibió a las puertas del cielo, no sabía qué hacer con semejante “paquete”. ¿Cómo era posible, se estarían burlando de él? ¿Había una cámara oculta? ¿De repente saldría algún diablillo diciendo la típica palabra “inocente”? La verdad no era el 28 de febrero que él recordara... Lo miró de hito en hito, no cabía ninguna duda, era él, Belcebú.

Aquel como disimulando, haciéndose el tonto o intentando aparentar lo que no era, dijo:

—Bueno, ¿a dónde me toca ir? ¿Al cielo o al infierno?

De repente, entre los dos salió tal carajada que el mismísimo Dios, que todo lo ve y en todos los sitios a la vez está, le contagió de tal manera que por todo el firmamento las estrellas se movieron al compás de las risas y movimientos de sus grandes barrigas...

Al momento, sonó el móvil de San Pedro.

—Sí, jefe, lo que usted mande —al terminar, con una sonrisa le dijo al Maligno—. El Creador te manda llamar.

A cada acontecimiento, a cada movimiento de Jesús, los rumores de las gentes allí congregadas subían y bajaban lo mismo que las olas del mar. No había tiempo que perder o la concurrencia se enfriaría. Volvió a llamar a Satanás, pero este se hacía de rogar. Cristo volvió a temer lo peor. La muchedumbre ya empezaba a protestar, tenues silbidos que poco a poco se fueron transformando en una monumental pitada llenaron el ambiente, dejando sordo al mismo Jesucristo. Con los ojos inyectados en sangre y la cólera reflejada en su rostro. El Mesías, en un enérgico movimiento, levantó los brazos. La muchedumbre enmudeció, el silencio fue de tal manera que ni los animales ni el viento y hasta el rumor de las aguas del arroyo cercano enmudecieron por arte de magia.

—¡¡Mirad, incrédulos desagradecidos!! —de la salida de la cueva apareció el cadáver tambaleante, envuelto en su sudario—. Aquí está, observad el poder de Dios, arrodillaos y rezad al Señor vuestro Creador —el murmullo de los congregados empezó a subir como la marea. Los flases de decenas de cámaras y focos alumbraron el milagroso acontecimiento. Los servicios de urgencias no daban abasto: desmayos, lipotimias, ataques de histeria y algún que otro paro cardiaco. Todo daba el aspecto de una estación de metro en hora punta—. Ven hacia mí, hermano, camina hacia tu salvador —siguió diciendo Jesucristo, en un intento de dramatizar el evento y ganarse la concurrencia. Conforme iba caminando el cadáver, la mortaja poco a poco se deslizó

descubriendo a un personaje andrógino: calzado con plataformas, peluca, postizos, cascos, accesorios estrafalarios y un obsceno maquillaje. Las ceñidas mallas que llevaba distinguían un tremendo paquete que a todas luces revelaba su naturaleza. En cuanto estuvo bien a la vista de todos, se acercó a un atónito Jesús, plantándole un sonoro beso en todos los morros. El caos fue tremendo, todos los reporteros gráficos rodearon a tan singular personaje. Una oleada de luces y flases, acompañado de una infinidad de micrófonos y móviles que le cubrían parte de la cara, dejándole solo asomando la esperpéntica peluca de un rojo chillón. Le exigían a gritos las primeras declaraciones al resucitado. Por toda respuesta se puso a cantar:

«Libérate, libérate.

Ser “sexual” no es un delito.

No lo calles.

Lanza el grito ¡Hayyyy!

Libérate, libérate.

Si estás vivo,

No estás muerto.

A darle gusto a tu cuerpo».

En cuanto la gente se repuso del bochornoso espectáculo, empezaron a protestar aireadamente. Al momento, los guardias del Sanedrín lo detuvieron.

La noticia corrió como la pólvora: todos los noticieros y tabloides anunciaron a bombo y platillo el bochornoso espectáculo dado por el que se hacía llamar “hijo de Dios”.

Los sacerdotes del tribunal, hartos de tanta humillación por parte de Jesús, decidieron llevarlo ante el gobernador de Roma.

Al contrario que ellos, Poncio Pilatos estaba abstraído, pensaba en el efecto beneficioso que de seguro reportaría el espectáculo del andrógeno delante del Emperador. Especulaba con todos esos favores mientras los sacerdotes le bombardeaban con sus puritanas quejas. Aquellos falsos le daban dolor de cabeza. Al final, y después de veladas amenazas, optó por lo más práctico: “se lavó las manos” concediendo el permiso para hacer con el desgraciado lo que considerasen oportuno, pero eso sí, el artista se venía con él a Roma... El trato fue del agrado de los sacerdotes, si el gobernador se llevaba al “Drag Queen” a Roma y ellos se encargarían del llamado Mesías de seguro que las aguas volverían a su cauce.

En el juicio, aunque hicieran el “paripé” la sentencia ya estaba dictada de antemano... Considerarse el Rey de los Judíos, denominarse el Mesías, hacer milagros y decir que él no era de este mundo. Todo aquello no podía rivalizar con la acusación de traer un ofensivo espectáculo, en el que la atracción principal era un ser de dudosa sexualidad, aquello sí que era de pena capital...

Después de todo, no hay bien que por mal no venga. Al final, Jesús consiguió lo que quería, una muerte atroz: fue vilipendiado, humillado, torturado y posteriormente crucificado. Entre los más espantosos sufrimientos y en el paroxismo del masoquismo en su más alto exponente, que los más viejos del lugar aún conmemoran. Nadie comprendía como Cristo mientras lo estaban crucificando todavía ponía cara de beatitud. A ninguno le gustaba ver que el condenado no sufriera, que incluso parecía que disfrutara. Al poco tiempo se quedó solo, sin curiosos y morbosos ávidos del dolor ajeno. Uno de los guardias romanos, en vista del poco éxito de la condena, optó por la tangente, le atravesó el corazón para así dar fin a una malograda ejecución...

El ser andrógino tuvo más suerte: Poncio Pilatos lo acogió en su casa y después de que lo destituyeran como gobernador, lo representó, llevándoselo a Roma, donde se hizo más famoso que el mejor de los gladiadores. Al César le gustó tanto que ahora por las noches suspira por sus favores...

—Dime, Satanás, ¿tú y yo porqué nos llevamos tan mal? —Jehová distendido y de buen talante decidió que tenía que dialogar más, ser más efusivo. Después de hablar con San Pedro era lo más inteligente.

—¿Mal? No creo, su Magnificencia, como pudo evidenciar he colaborado con usted y el asunto ha salido muy bien. Después de todo, hemos llegado al fin de los medios.

—Sí, tienes razón. Este hijo mío no aprenderá jamás. Cuántas veces le he dicho que no hable contigo y va el cándido y te hace caso.

—¡Ja, ja, ja! Lo he pasado bomba, me he divertido de lo lindo. Mi Creador... para estos menesteres cuente siempre conmigo.

—La verdad, me das pena, la historia no te hace justicia —el Creador, más comunicativo que nunca y dejando su ira divina, siguió hablando—. ¿Por qué siempre haces el papel de malo de la película? En verdad, así de cerca no me pareces tan feo, ni siquiera das miedo, no llevas cuernos, ni tridente ni hechas fuego por los ojos, ni hueles mal, incluso eres agradable a la vista...

—Por supuesto, su Grandeza, que soy así, por lo mismo que usted está hablando con un espejo...

—¿Cómo dices?

—Un espejo y además de tamaño natural, su Magnificencia...

—¿Estás insinuando que estoy dialogando conmigo mismo? —al Ser Supremo se le estaba acabando la paciencia del diálogo, ese tan amistoso y tan inteligente...

—Es obvio, me creasteis a vuestra imagen y semejanza —contestó Satanás con mucha calma...

—¡¡A la porra con el platicar, nada de libros de autoayuda, nada de consejos, nada de terapias de grupo, esto es intolerable!! ¡¡Soy el Creador de todo lo que existe y lo que no!!

Saltaron las alarmas, el Altísimo estaba dándole puñetazos al espejo, de sus puños empezó a manar sangre. San Pedro, asustado, llamó a los enfermeros y, raudos, le pusieron una camisa de fuerza, llevándole a una habitación acolchada. Jehová daba tumbos de un lado para otro, gracias a la amortiguación de las paredes no se lastimó más de lo necesario. Eso sí, su amor propio estaba tocado. Nunca nadie se atrevió a hablarle así. El Maligno se pasó de la raya, y desde luego en cuanto se librará de sus ataduras daría buena cuenta de él... En esos pensamientos andaba el Todopoderoso mientras los enfermeros no le quitaban el ojo desde la pequeña ventana alojada en la puerta de su habitáculo.

—Parece increíble lo de este Dios, y me dices que sus creaciones viven en un mundo llamado “la Tierra” en donde solo se aprecian unas tres dimensiones. ¡¡Increíble!! ¡¡De lo más primitivo!! ¡¡Y con solo cinco sentidos!! ¿Qué pretende este Dios? ¿Qué mente tan enferma puede crear todo eso, esperando algo bueno de sus criaturas? —el sanitario subscribió sus palabras con cierta antipatía, a la vez que sintió lástima por esos individuos, continuó diciendo—. Y no sabes lo peor. Tienen siete pecados capitales, que los hostigan intentando que sucumban a sus encantos, siendo muy difícil librarse. No acaban allí sus complicaciones. Luego tienen que acatar diez mandamientos, de los cuales no pueden transgredir ninguno, so pena de arder en un supuesto infierno que es peor que la tierra.

—¿Es que hay un lugar peor que la tierra? —respondió el otro boquiabierto.

—Desde luego, según tengo entendido; un lugar lleno de fuego, amargura y cuantioso dolor a donde van sus llamados “pecadores” que no cumplen con sus leyes...

Los enfermeros siguieron observándolo con una mezcla de repugnancia y odio. Para ellos, aparte de la locura, había cierto grado de desequilibrio y violencia en su comportamiento.

Según su propia experiencia a este paciente, le quedaba una penosa y larga terapia hasta curarse...

¿Somos simples marionetas en manos de un Dios cruel y caprichoso o más bien soñamos y cuando nos morimos es cuando verdaderamente estamos despiertos?

Con la vida y milagros de Jesús, me viene a cuento la siguiente frase: “El fin justifica los medios”.

¿A qué precio? Antes de beneficiar a alguien con algún milagro, se le podría preguntar, ¿no? A la pobre viuda de Lázaro, que ya estaba mentalizada a tal estatus, ahora tiene que dormir con un resucitado. De seguro que no le perderá de vista, queriendo de verdad que no hubiera vuelto. ¿El pobre Lázaro no necesitaría un psiquiatra o algo parecido? Me pongo en su lugar y después de muerto, vuelvo a la vida. ¡Vaya chasco para los vivos! ¿No? O bien un ciego que se ganaba la vida mendigando. Ahora va y viene el amigo Jesús, devolviéndole la vista, pero de esa manera le quitará su medio de vida. Entonces, ¿a quiénes beneficiarían los milagros? ¿Al pobre invidente que desde ahora en adelante tendrá que doblar el espinazo para comer o al Mesías, al que le dará ese milagro más credibilidad si cabe ante sus feligreses?

Esas cuestiones me hostigaban el alma, pero la causa que me maneja ya no me daba más tiempo para pensar y me trasladó, quisiera o no, a otra vida de la que tendré que aprender por medio de otros…

NARCISO

Una estancia llena de manchas de pintura, trípodes, telas y cuadros inacabados que dan la sensación de una dura batalla que se libró entre el pintor y su más que dudoso arte. Una gran ventana da paso a una magnífica luz que inunda la habitación haciendo visible todos sus defectos y recovecos.

«Tú eres lo más quiero. Desde que me pintaron, tus suaves líneas me subyugan no llegando a poder conciliar el sueño reparador. No puedo vivir sin ti, tengo que tocarte, sentir esas pinceladas, esa rugosidad que da la pintura bien plasmada en este lienzo de tela guardado por ese marco de noble madera.

No es justo, tú serás eterno, mientras que yo estoy supeditado a los caprichos del tiempo. Mi frente se llenará de arrugas. Mi pelo, después de tornarse blanco, se caerá irremediablemente, dejando a un ser viejo y achacoso. No quiero, no puedo esperar a que me mires siempre con esa eterna sonrisa. ¿Te burlas de mí? ¿Sabes que te puedo destruir? Puedo rasgarte ese semblante de adonis, dejarte tan irreconocible que esa media mueca parecerá el rictus del mismísimo diablo...

—¡¡No te atreverás!!

—¡¡Pruébame!!

—Qué culpa tengo yo que el tiempo esté en tu contra. ¿Acaso gobierno sobre la materia? ¡¡Quéjate a tu Dios que te hizo tan imperfecto!! ¡¡Repróchale a tu alma que te hizo mortal!!

Mientras yo estoy aquí viendo el tiempo pasar, percibiendo la vida, sintiendo como los demás viven, sufren, ríen, crecen y finalmente les llega el descanso. Tú solo entiendes una cosa, ves lo único que está delante de tus narices, no aprecias la vida que tienes, no valoras el poder sentir todos los placeres y sinsabores que la existencia te ofrece. ¿Dime? Vale la pena estar aquí plasmado impertérrito al tiempo, suspirando por los demás... ¿qué vida prefieres?

—La desazón me corroe el alma, tu belleza me envuelve como el amante le susurra a su amada. No puedo escapar de la congoja que me embriaga.

Mis sentidos ya no me pertenecen... déjame que me impregne de esa maldita pintura que hace que me vuelva loco de amor, déjame que todo mi ser se llene de esos bellos retazos tan majestuosamente pintados, déjame que los dos seamos uno...

«La eternidad de la belleza es lo que todos perseguimos: hombres, mujeres y desde luego si los objetos pudieran hablar, de seguro que nos abrumarían con sus súplicas por no perder lo que el tiempo siempre acaba arruinando. Ahora este chiflado se enamora de sí mismo sin importarle todo lo que la vida pueda ofrecerle, renegando de las jóvenes que sin duda lo encuentran más atractivo que él a sí mismo.

¿Vale la pena volverse loco por conseguir la eterna juventud? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que todo desaparece... no quedando nada más que polvo? La materia, la obra creada también tarde o temprano se destruirá por el tiempo, ese elemento al que ninguno ni nada puede escapar. Lento, pero preciso, lo mismo que la tortuga que siempre llega a su destino por muy lejos que esté. La belleza es efímera, pasajera, una mota de polvo en este vasto universo de la vida. Sin embargo, nos enamoramos de lo físico, lo impactante, lo que nos entra por los ojos, no por los del alma, que es como nos exigen que sea, pero ¿quién es el valiente que rompe con todo besando a un leproso? Por muy buena gente que sea su aspecto nos repulsa. ¿Hay alguien tan santo, tan puro que ha elegido vivir en la tierra para tocar llagados? O más bien nos apetece acariciar a una ninfa, por muy mala alma que tenga...

Aprender a ver más allá de lo físico. Esta es la lección a la que un santo se apuntaría para ganarse el cielo. Lo que soy es humano por muy muerto que esté, no llego a ser sagrado, así que dudo que acaricie alguna vez a un deforme. ¡Reprochadme lo que querías! ¡Dilapidadme! Condenarme al destierro y luego tirad mi memoria al más nauseabundo de los estercoleros, pero, repito, santo no soy, por mucho que la causa quiera enseñarme la belleza espiritual y mirar a través de la carne.

¿No nos hizo Dios para procrear? ¿Entonces por qué juega con la belleza para yacer con el sexo opuesto? Cuando una hermosura te entra por los ojos, algo se mueve en tu ser, una llamada, lo mismo que la de un animal te arrastra a él o a ella. Ese reclamo acelera tu ritmo cardiaco, tu pulso se activa, todos tus sentidos se preparan para el goce... Mientras estemos dentro del caparazón de este cuerpo, la belleza será una droga al que sin duda resistirse, puede ser incluso perjudicial para la continuidad de la especie. No se puede tener criaturas para multiplicarse y santos para la glorificación del creador».

EL PACIENTE

Un gabinete repleto de libros que ocupaban la casi totalidad de las paredes, dándole un aspecto a librería de algún antiguo y perdido monasterio. En el centro de la pared una chimenea, estilo Neoclásica, con columnas a los lados para darle magnificencia y estilo. Encima de la misma, en un lugar destacado, un gran cuadro que incluía el prestigioso diploma conseguido en una famosa universidad, que le daba más pompa si cabe a su dueño. La mesa del bufete repleta de fotografías familiares, estratégicamente situada, la bañaba una luz que provenía de una ventana con vistas a un tranquilo parque.

Sentado en su butaca estilo “Versalles” de un color morado chillón, y parapetado detrás de la mesa, estaba el psiquiatra estudiando a su peculiar paciente: vestido con una uniformidad blanca, impoluta y reluciente, rematado por una corbata roja con rayas blancas.

En un diván tipo “vintage” comiéndose las uñas, estaba recostado un personaje de lo más vulgar: bajo, medio calvo, muy tímido y retraído. El típico paciente que parecía haber nacido expresamente para ocupar su lugar en esa esperpéntica *chaise longues* de color blanco, tan fuera de lugar como incómoda, completaban esa anarquía de estilos, que lo único que perseguía era alimentar el ego del médico.

Después de consultar un sinfín de papeles para alargar el tiempo en su beneficio, ya que el paciente prometía una larga y fructífera terapia, que sin duda le reportaría los beneficios suficientes para terminar de pagar ese pequeño capricho al que tanto años estaba esperando, ya se veía él navegando por esas aguas tranquilas del mediterráneo, esas islas griegas de aguas cristalinas, esos peces que él estaba esperando y todo ello le producía un placer inigualable al que ningún paciente se lo estropearía por muy loco que estuviera... Esos pensamientos le llevaron a su ensueño, pero un carraspeo del paciente le trajo de nuevo a la realidad.

Empezó con su disertación, durante tantos años estudiada:

—La interpretación de este sueño bastante común depende del contenido emocional. Si se despierta con una terrible sensación real, puede ser que ha sentido el fallecimiento de alguien. Esto ocurre a las personas sensibles. Si este sueño es recurrente, puede ser síntoma de un trastorno al que los expertos señalan se le debe prestar atención —respira, mira a la cara del paciente esperando alguna reacción. Después de unos segundos, prosigue—. En las personas de avanzada edad este sueño les ayuda a prepararse para su propia muerte. Sin embargo, si el sueño se produce sin sentir miedo o

preocupación, representa una liberación de las preocupaciones actuales y significa lo opuesto a morir, una curación o un renacimiento está a punto de ocurrir en su vida —fuera, el tiempo ha cambiado, la tormenta anunciada descarga con toda su fuerza. En los cristales el ruido que produce el agua armoniza el silencio del gabinete. La cara impávida del paciente le indica al galeno que quizás su terapia falle, pero continúa con la misma, resuelto a tener el éxito que da la experiencia de muchos años de profesión—. Si sueña con un ser querido es posible que carezca de algo en su vida que dicha persona representa. O, por el contrario, puede significar que esa persona ya no representa nada en su existencia. Soñar que está vivo, un padre o una madre fallecidos, es de muy mal augurio. Trae mala suerte —ahora sí que espera causar esa reacción. En este punto siempre el paciente pregunta, nadie hasta la fecha ha resistido y llegado a este punto sin consultar. Nada, silencio. La atmósfera del despacho baja de temperatura, un gélido aliento sale de la boca del galeno. No entiende, no comprende el porqué, ya que el aire acondicionado está en modo calor. El paciente sigue como si tal cosa, como si con él no fuera ni el tiempo ni los elementos.

El terapeuta debe de seguir, todavía su tiempo no ha llegado a su fin. Una hora es siempre lo estipulado, nunca en sus años dejó de pasarse ni dejar de llegar al tiempo determinado, sigue resuelto a acabar—. Soñar con alguien que se ha muerto y está vivo en su sueño puede ser una forma de intentar resolver sus sentimientos hacia ellos. Si sueña con un conocido que se murió hace tiempo, significa que hay algo en su vida o su relación actuales que se parece a una faceta de la persona muerta. Si en el sueño habla con ellos, significa que siente miedo por haberlos perdido y busca una forma de aprender a vivir la vida sin ellos. Tal vez necesita una oportunidad para despedirse de ellos. Dicen que los mensajes que nos transmiten los muertos son muy importantes, porque nunca mienten y pueden decirnos cosas importantes o avisarnos sobre peligros.

—Está usted perdiendo el tiempo, Dr. —un gesto de asombro asomó a la faz del médico, lo miró de hito en hito sin comprender. ¿Perdiendo el tiempo? ¡Imposible, nunca perdí ni perderé el tiempo! Esos pensamientos no salieron por su boca, pero sí una mirada colérica que, si pudiera, fulminaría a su paciente—. No se asombre, Dr., ya sé que estoy muerto...

—¿Muerto?

—Oyó usted bien, tan fallecido como lo veo ahora mismo.

—¿Huele a podrido?

—No...

—¿Entonces?

—Es que soy un muerto muy peculiar, huelo a rosas.

—¿Es un difunto santo?

—Por supuesto, llegué del cielo...

—El paraíso desde el que usted viene ¿cómo es?

—Inimaginable... no hay palabras, Dr.

—Y si es tan maravilloso, ¿a qué viene?

—A salvarle...

El doctor con cara de pasmo, al que el paciente está descuartizando, eso sí, con cuidado de no mancharle los muebles, sobre todo, la *chaise longues* que piensa llevarse una vez acabe de divertirse.

NADIE SABE LO QUE TIENE HASTA QUE LO PIERDE

Era una belleza, una diva de las curvas, todos y todas la admiraban. Desprendía ese halo de diosa que a cualquier movimiento de sus imponentes caderas rivalizaba con su candor de eterna jovencita...

¿Era feliz? ¡En absoluto! ¿Qué es lo que quería? ¿Al hombre de sus sueños? ¿Qué concepto puede tener este monumento al respecto? Que todos y cada uno de ellos la quieran. Sentir que la aman que la necesiten le da un sentido de poder y fortaleza. Ser capaz de decir que otro ser humano optó por estar con ella, y saber que al final del día, sin importar lo que pase, esa persona estará de su lado. ¡Para ella es algo fundamental! No significa que quiera controlar a su pareja, sino que existe una parte de ella que busca este tipo de emoción. Le gusta estar al otro lado del teléfono, escuchando mientras él le cuenta cómo estuvo su día.

Quiere un amigo. El tener alguien a quien mandar mensajes, con quien hablar o pasar tiempo significa mucho para ella. El aspecto físico de una relación romántica no es una necesidad, una relación de pareja se basa en escucharse. Nada de pensar que ya que te manda mensajes, la atiendas, está lista para meterse en tu cama.

¡Ni pensarlo, faltaría más!

Quizás solo está aburrida y quiera contar lo malo que es tu equipo favorito de fútbol, la experiencia terrible que tuvo con un conductor en la carretera o simplemente pretenda contarte que vio un perrito hermoso en la calle. No todas las bellezas están listas para comenzar una relación, apenas exista una atracción mutua, así que más vale que dejes de pensar con tus partes íntimas y uses más el sentido común.

¿Es que acaso no puede ella tener amigos? ¡Quiere sentirse la mujer más especial del universo!

Ella nunca irá tras un hombre que claramente no está interesado en ella.

Si un hombre realmente quiere a esta mujer hará todo lo posible para que ella lo sepa. Hará que ella se sienta como una diosa. Le tendrás que hacer continuos regalos: chocolates, galletas, joyas, flores y, desde luego, que no te olvides lo de los helados, muy importante. La invitarás a los mejores restaurantes, la estimularás a hacer cosas divertidas. Con cualquier excusa, buscarás la forma de conocerla mejor. Lo que tendrás que hacer con mayor ímpetu es hacerla reír... El hombre elegido tendrá que hacerla feliz y, a su vez,

sentirse contento por ello. Además, tendrás que tener intereses comunes y compatibles.

Puede que algunos digan que la caballerosidad murió, pero con esta diva más vale que saques tu filantropía del polvo del olvido. ¿Dónde está esa clase de hombres?

En su cabeza fluían todos estos pensamientos. Sus fracasos se contaban por miles, nunca conseguía ni siquiera que le durasen un par de días. Todos querían lo mismo, ninguno se fijaba en su persona. Sus curvas, que para otras eran de pura envidia, a ella le mortificaban el alma.

Buscaba sin descanso discotecas, internet, agencias de citas, encuentros a ciegas y en los lugares menos insospechados para conocer hombres... Nada, se aburría. Un hastío le embarga el alma. En su cabeza le atormentaba la idea de desfigurarse, de mancillar su cuerpo, volverse la mujer más fea del mundo. Con la anhelada idea de encontrar a un hombre que la quisiera por lo que es, no por lo que aparentaba.

—¡¡Pedro, ven aquí ahora mismo!!

—Dígame, Padre celestial...

—Una de mis criaturas está implorando. Me llega muy fuerte, no me deja pensar con claridad.

—Es verdad, Todopoderoso, una hembra disconforme con su aspecto...

—¿Cómo dices?

—Sí, Padre celestial... está a punto de cometer una locura. Ella sabrá sus consecuencias...

—¡¡Imposible, inadmisible, totalmente ilógico!!

—Pero... Todopoderoso, acuérdese del libre albedrío...

—Nada, ni deseo ni nada que se le parezca. Se acercan las elecciones y no quiero a mis criaturas descontentas. De seguro que Satanás se estará frotando las manos. Tenemos que actuar y pronto.

Efectivamente, en su caverna llena de almas penando estaba Lucifer con esa risa gutural que tanto le ha caracterizado en milenios, de hacerla llegar a todos los pecadores y descarriadas criaturas que equivocaron la senda del bien, dejándose seducir por las maravillas prometidas por este ser, puesto para la perdición de la humanidad.

—¡¡Corcoles!!

—Sí, mi amo...

—Búscame un Adonis. Sí, a uno de esos que estabas torturando.

Corcoles, raudo, fue en busca del amante perfecto. Este se estaba cociendo a fuego lento por sus muchos pecados, implorando, gritando y guisándose en un perol al que, aunque el agua hervía, nunca se acababa. El mozo perfecto para el plan del Maligno.

Fue llevado ante Belcebú, pactando un acuerdo por el que tenía que enamorar a la insatisfecha para luego pervertirla a gusto del diablo, con lo que ganaría un alma más a su causa.

Al principio, el plan salió a las mil maravillas. La fémina encontró a uno que la quería de la manera que a ella le gustaba: todo eran atenciones, nunca se insinuó ni se propasó lo más mínimo. Todo un caballero. La hembra no se lo podía creer, estaba fascinada por tanta suerte. Y para su mayor satisfacción, el mancebo era muy atractivo y sensual. Mejor imposible.

«¡¡Uno por fin que me quiere por lo que soy, no por lo que aparento!!».

Pero ¿lo quería? El amor que le producía ese cosquilleo de cuando adolescente, que sintiera por primera vez, esa desazón que te quitaba las ganas de comer y deseara que nunca se terminase... ¿Dónde estaban todas esas emociones? La verdad, no lo tenía claro. Buscaba, anhelaba todas esas sensaciones. Le faltaba esa frescura, esa inocencia y esa mirada anémica de todo enamorado. Todo aquello era demasiado sencillo, demasiado bonito para ser verdad. Tantas preguntas sin respuesta empezaron a agobiarla de tal manera que al final aborreció a su Don Juan.

Tal como apareció, desapareció. Ante su fracaso, Belcebú decidió romper su compromiso y restituirlo a su odiada marmita de eterna agua hirviente. A Corcoles aquello le fue de sumo placer, ya que le encantaba martirizar a los que se consideraban un pimpollo.

Así que nuestra belleza siguió suspirando por su amor perfecto e inmaculado y el maligno fue a consolarse con su harén de malas y estupendas diablesas, que ya quisiéramos muchos tener...

En el paraíso estaban de fiesta. Jehová, pletórico, estaba tan contento que por una vez dejó las puertas abiertas del cielo, dándole fiesta a San Pedro que por cierto no descansaba ni el séptimo ni ningún día. El fracaso del Maligno le sentó tan bien que su famoso mal humor desapareció como arte de magia.

—¡Pedro! ¿A quién tenemos para satisfacer los deseos de mi criatura?

—Pero, su Magnificencia, ¿no estaba de descanso?

—¡Tú me ves que yo descanse alguna vez! No seas llorica, no me estropees el día...

—Bueno... está escrito, el séptimo día —contestó con mucha humildad.

—¡¡Paparruchas, sandeces y ganas de marear la perdiz!! Te digo yo que nunca reposo —ya empezaba a ponerse nervioso y a perder esa buena chispa, pero se contuvo y prosiguió—. ¿Cómo voy a parar si estoy en todos los sitios a la vez y lo sé todo, incluso antes de que suceda? Así que a trabajar.

Resignado a su mala suerte, Pedro empezó a rebuscar entre todas las buenas almas que pululaban por el paraíso. Nadie, ni la más desinteresada de todas querían volver a la tierra. En conjunto ponían la misma escusa: que no les tocaba, que estaban en periodo de descanso entre vidas y que bajo ninguna condición aceptarían ir antes de tiempo...

Pedro estaba en una encrucijada. ¿A quién y dónde buscar? Se le estaban acabando las opciones y ya sentía en la nuca la ira de Dios. Bajó al purgatorio, aunque no era el sitio adecuado, pero qué remedio: ante grandes problemas, grandes soluciones. Preguntó, indagó y recorrió todos los niveles del expiatorio. El resultado fue el mismo. Aunque a muchos les convenía dicha misión, ello representaba engañar a la doncella y, por ende, aumentar más si cabe su penalidad.

A Corcoles le llegaron rumores de que San Pedro estaba buscando voluntarios para acometer la misión fallida de su amo. Él, aunque encorvado, feo y mal encarado tenía su corazoncillo y siempre quiso ser atractivo a las féminas. Nació deforme, sufriendo lo indecible en su vida en la tierra y cuando por fin le llegó su descanso, el Diablo vio en él al ayudante perfecto para atormentar a sus víctimas. Correspondía ser el adecuado, ya que envidiaba a cualquiera que fuera bello. Era lo que le estimulaba para mortificarles con un fervor, que incluso a Belcebú le sorprendió. Ahora veía la oportunidad de volver a la tierra con un aspecto más agradable. Sabía muy bien en qué consistiría dicha misión y aquella idea germinaba muy fuerte en su mente.

Así que muy decidido se presentó como voluntario ante San Pedro. El mismo lo miró de arriba abajo y sabiendo que era el ayudante del Maligno aceptó. Qué remedio, se dijo con resignación: a falta de pan, buenas son tortas. Palabras del señor...

Corcoles apareció en la vida de la mujer. Lo que no sabía era que el Señor tenía una carta escondida en la manga. Ni San Pedro ni nadie sabían su jugarreta, que era la siguiente: aunque San Pedro viera al deforme tan guapo como el más famoso de los galanes, no era así. Corcoles para todos los mortales se presentaba como era en realidad, deforme y mal encarado. Pero como él se veía, que volvía a la tierra como un galán, actuaba como tal. A la mujer aquello le sorprendió de tal manera que no salía de su asombro. Al ver que este hombre, aunque jorobado y mal encarado, se comportaba con tanta seguridad y aplomo, no tardó en enamorarse de él.

Corcoles no cabía en su gozo, por fin se resarcía de todas las penurias anteriores vividas y lo que más le gustaba era que lo adoraran, aunque él pensara que ahora era guapo. ¡Qué más daba algo de trampa y un poquito de ayuda, lo importante es que lo amaran! En estas reflexiones andaba cuando la pareja, muy enamorados, paseaban por la calle, encontrándose con una amistad de ella. Lo presentó como su novio. Corcoles no pudo comprender la cara de asco que puso la conocida. Su novia se puso a llorar. Él no comprendía, no llegaba a entender su disgusto. ¡Si eran la pareja perfecta! ¿Dónde estaba el problema?

Fue pasando el tiempo y aquello fue un duro golpe para ella, ya no lo miró con buenos ojos, le echaba las culpas de que sus amistades la evitaran con escusas peregrinas, cuchicheando a sus espaldas. El amor se esfumaba como arena entre los dedos. Al final, ella misma lo evitó.

El pobre Corcoles, abatido y abstraído, regresó cabizbajo a su trabajo de atormentador. El Maligno lo recibió con sorna y desprecio, diciéndole:

—Pero, tonto, aquí no te quiere nadie, solo yo.

Corcoles se conformó pensando que quizás la fémina terminará en uno de sus peroles. Acariciando esa idea, le animó a seguir con su duro oficio.

Fin.